



LA MALEDICENCIA



---

## LA MALEDICENCIA

---



é aquí un vicio congénito á la amistad; hagamos su diagnóstico.

Lo primero que salta á la vista es el orden con que los amigos se agrupan, se separan y se entrelazan para decir mal los unos de los otros continuamente. Como si bailasen juntos una cuadrilla intrincadísima, debemos llamar la atención sobre cada una de las figuras, que próximamente coinciden en toda gran reunion de amigos. Los que poseen ingenio y astucia forman un grupo aparte, que cortan chalechos constantemente, á los simples y tontos; estos se alian entre sí, por envidia algo, y otro poco por represalia para maltratar á los primeros.

Al poco rato ocurre una mutacion; cada uno de los ingeniosos, se une á un tonto para herir á todos

los de su clase uno tras otro, según la inquina que á cada cual tiene; cada uno de los tontos maltrata á todos los iguales suyos, mostrando que no pertenece á su compañía.

Luego los bribones en mayor ó menor grado, de uno y otro grupo se asocian para rebajar la reputación de los honrados á su nivel, y estos se juntan para flajelar á los primeros; los de carácter dudoso se coaligan ya con unos ya con otros para divertirse con todos.

Van luego especificándose; cada uno, se junta con los que tienen profesión distinta á la suya para murmurar de todos sus compañeros, y todos los que ejercitan el mismo oficio se entienden para ayudar la misa á los colegas que sobresalen, los cuales por su parte, juntos con los amigos que más gallean en las otras profesiones les pagan en la misma moneda, aliándose todos contra la medianía.

Fórmanse dentro de estos grupos, otros menores, compuestos de pocos amigos, bien íntimos, los cuales toman el pelo generalmente á todos los demás, y si lo hacen entre sí son siempre dos á dos, tres á tres, en los descansos que les deja libres la maledicencia general.

Cada murmurador agudo y temible forma á su alrededor una pequeña corte en la cual se ceba todo

el remanente de la compañía; y la familia entera, con todas sus subdivisiones está de acuerdo en jugar á la pelota con un cierto número de desgraciados, que siempre se encuentran en cualquier círculo de amigos, como en los colegios y que parecen nacidos para ser víctimas y motivo de entretenimiento para todos.

Añádase á todas estas frecuentes combinaciones, las innumerables que fortuitamente ocurren y que nacen de la buena disposición en que cada uno se halla siempre para casar su amor propio con el del primer advenedizo, recreándose lindamente á espaldas de los ausentes.

Baste esto para dar una idea de cómo se enlaza la maledicencia entre los amigos.

El trabajo es continuo.

Todos se ocupan asiduamente en encontrar defectos, en recoger ridiculeces, en descubrir faltas, y en revelar secretos; el hallazgo de uno pasa á ser inmediatamente del dominio común; una enorme cantidad de dicharachos corren de boca en boca, trabajados continuamente, añadidos, abandonados y vueltos á tomar, formando una gacetilla oral en la cual todos están abonados y todos son colaboradores, tiene sus períodos de florecimiento y sus períodos de languidez; recoge en confuso montón agudezas, tonterías, ver-

dades, mentiras y calumnias; á veces es terrible, malvada frecuentemente, chismosa siempre, pero compilada y leída por todos con un placer y un gozo indefinible.

\*  
\* \*

Causa maravilla el ver qué bien marcha este proceso entre amigos de cierta edad en la sociedad bien educada. Sigue su curso regularmente la maledicencia como los humores en un cuerpo sano, y hay familias de amigos que en este respecto pudieran tomarse como ejemplo del "orden en la libertad." La prudencia de todos hace que cada cual ignore por completo el mal que de él se dice, probando todas las satisfacciones de la maledicencia y ninguna de sus amarguras.

Cuando alguno, por una rareza, va á contar á otro las malas ausencias de un tercero, sobre ser muy mal recibido, se le mira con más inquina que al maldiciente. La sociedad echa fuera de sí poco á poco á los delatores porque quiere gozar en santa paz los placeres de la maledicencia.

Se tolera algun espionaje á veces, con tal de que se lleve á cabo con gracia, que moleste sin causar ofensa, avivando por decirlo así, un poco, la circula-

cion de la maledicencia sin que se originen desórdenes. Si ocurre que alguno se resiente y arma estrépito, todos lo desaprueban porque este resentimiento es una amenaza para la libertad de todos; bien pronto se restablece el orden.

Y no solo la murmuracion no viene á turbar aquella hermosa armonía, sino que concurre á mantenerla porque cada cual se representa más benévolo y más cortés para su amigo despues de haber purgado con los demás el poquillo de hiel que contra él tenía. La maledicencia es reconocida tácitamente por todos como un desahogo del espíritu, necesario y útil, con tal de que no exceda de ciertos límites que un reglamento sobreentendido fija taxativamente.

Todos adivinan ó creen adivinar lo que se dice de ellos, dándose cuenta hasta donde llega su derecho de revancha, sin pasar nunca más allá.

Todos escuchan al murmurador, tenga ó no tenga razon con la deferencia benévola que saben han de necesitar ellos á cada momento.

Conociéndose todos unos á otros, cada cual al oír hablar mal de un tercero, comprende muy bien los móviles secretos de quien habla y sabe discernir lo que hay de justo de lo que hay de calumnioso en sus palabras.

No se da el caso siquiera de que pinchando uno á

un amigo, el que le escucha muestre desconfianza en el fondo de su espíritu, por más que consienta de palabra: basta que escuche y no desconozca su derecho de decir mal de los amigos.

De este modo viven contentos y la mútua estimacion nunca disminuye. Es este un ideal que pocos grupos de amigos alcanzan, despues de larga experiencia, de haberse poco á poco desembarazado de los miembros peligrosos, reduciéndose la compañía á una familia selecta de murmuradores refinados y discretos.

En la mayor parte de los grupos ocurren choques frecuentes y se producen heridas que exigen largos trabajos de componenda; entre la gente vulgar, se originan riñas; entre los jóvenes ocurren duelos; entre hombres maduros enemistades irreconciliables. A cada momenso la sinfonía general de la murmuracion se interrumpe, una nota discordante de algun torpe é inesperto en el arte, viené á alterar la armonía.

En todos los grupos hay, sin embargo, una tendencia irresistible á llevar las cosas de tal suerte que todos tengan asegurado "el goce pacífico de sus propios derechos," y si bien lentamente, el perfeccionamiento es continuo.



Nace la dificultad de la gran variedad de maldicientes, que son tantos como caracteres. Sólo recogiendo los principales tipos hay para hacer un hermoso ramillete.

Entre los más terribles están los maldicientes biógrafos, que abrazando la vida entera del amigo le buscan hasta las más pequeñas travesuras de la adolescencia, llegan hasta sus antepasados, se extienden á los colaterales é inquierén informaciones orales y por escrito á los amigos cercanos ó alejados; acumulan documentos, se mueven para llegar á esclarecer puntos oscuros como si fuesen cuestiones históricas, y anatomizan á algun desgraciado mes por mes, sin ira, con verdadero placer, pacientemente y sin parar hasta haberlo reducido á migajas: solo entónces pasan á otro. Estos son los murmuradores pedantes.

Otros, á quienes pudiéramos llamar toros furiosos, no hablan mal sino rara vez, pero con violencia;

prorumpiendo impetuosamente en improperios y palabras malsonantes, sin tomar aliento, hinchándose las venas del cuello y moviendo los ojos llenos de fuego, como si tratasen de rematar su víctima en aquel instante y no tener más que pensar en él; desahogada toda la furia se aquietan repentinamente, y se serenán enjugándose el sudor que brota de su frente.

Existen también los agudos, sutiles maldicientes, fríos y feroces, que dicen pocas palabras bien pensadas, bromitas con punta acerada, que hacen sangre y se quedan clavadas en la herida. Apénas lanzan el dardo, esconden la mano, y se ponen á hablar de otra cosa con aire indiferente.

Otra variedad la constituyen los murmuradores bufones que no muerden á los amigos sino por el lado ridículo, haciendo de la menor cosa un verdadero carnaval, voceando y gesticulando, hasta llegar á reducir el hombre más sério del mundo en el polichinela de la compañía; sin mostrar nunca la menor intencion malévola, casi sin apercibirse, empujados á veces—á pesar suyo,—á aquella escena burlesca por una invencible necesidad de reirse de todo.

No faltan los maldicientes que dicen pestes del amigo con palabras dulces y benignas, con voz

cariñosa, sonriendo modestamente, mostrando no querer dar, á lo que dice, el significado que todos penetran; todo lo arregla al fin de la letanía con decir:—*Se habla por hablar*; lleno de dulzura y de ingenuidad.

Se encuentra asimismo el maldiciente bribon, que sin decir nunca mal de nadie obra peor que todos: suministra á los demás los materiales para la murmuracion, para que los trabajen y los divulguen; dan el tema que les importa desenvolver, estimula á las malas lenguas y se separa luego á gozar tranquilamente las dulzuras de la murmuracion sin fatiga y sin peligros.

No escasea tampoco el murmurador maligno y bestia, que lleno de bilis su cuerpo sin saber desahogarla en ingeniosidades, ni en razonadas y elocuentes filípicas, se contenta con hacer la parte del trombon en la orquesta y en medio de la algazara de la compañía repite siempre la misma nota villana, una sola palabra en la cual pone toda su alma:

—Es un asno; es un charlatan; es un bribon—á intervalos iguales.

El maldiciente piadoso que dice mal de los amigos con verdadero dolor, obligado por la fuerza de su propia conciencia, levanta ampollas poniendo una cara muy triste y con voz afectuosa, aparentando

escusarlo en el momento que le clava los dientes más profundamente, defendiéndole de algun pinchazo que los otros le tiran para darle uno más seguro y moviendo la cabeza á cada frase malvada que pronuncia, como si quisiese decir:

—Es doloroso tener que hablar así de un amigo; pero la verdadera amistad es sincera.

El maldiciente más hipócrita de todos es el que tiene entre sus uñas al amigo y no dice de él ni bien, ni mal, pero tiene una manera especial de examinarlo, de oprimirlo y revolverlo por todos lados, sin pronunciar jamás juicio alguno hasta que concluye dejándole lleno de manchas y sucio como una pera que pasa por cien manos.

Por fin, el maldiciente mudo que se presenta con la boca cosida por bellaquería, pero cuando los amigos despedazan á algun ausente, se complace con toda su alma, consintiendo con la cabeza y animándoles con su sonrisa, con la mirada y aún con el gesto; y si se le pregunta de improviso su parecer, se compone su semblante contestando siempre:

—Yo no quiero meterme en eso.

\*  
\* \* \*

¡Y qué elocuencia emplean casi todos los maldicientes!

No parece sino que las facultades intelectuales ganan cuando se habla mal de los amigos, y que los más idiotas dejan escapar ráfagas de ingenio.

Gente que hablando de otras cosas estomagan con su palabrería deslabazada y monótona que provoca el sueño, hallan en la maledicencia agudos chistes y frases llenas de colorido que sorprenden y tienen sujeta la atención de sus amigos.

Tontos que á todos embroman, que son los primeros en descubrir en las personas graves y respetables, ciertos defectos escondidos y ridículos que habíanse escapado á las miradas más perspicaces y aciertan con la palabra gráfica que los define, palabra que por lo general hace fortuna.

Algunos de índole fría y taciturnos se exaltan con la murmuración, tienen arrebatos de facundia tribunicia y apenas puede reconocérseles, al fin caen en la

imbecilidad la excitación les arrastra más allá de lo que quisieran dejando al descubierto nuevos argumentos de crítica, ensanchan poco á poco el asunto llegando á conclusiones imprevistas y prorumpiendo en salidas teatrales que arrancan aplausos como si fueran comediantes; de suerte que habiendo empezado á hablar con acrimonia acaban por experimentar una satisfacción de amor propio que les reconcilia secretamente con el amigo maltratado al cual son deudores de su propio triunfo.

Los sin seso y embrollones, llenos de defectos y de vicios llegan á ser los hombres más sensatos del mundo; cuando se ponen á hablar mal de los amigos parece que poseen realmente y en alto grado todas las virtudes cuya falta lamentan en los demás, razonan admirablemente con una sensatez digna y persuasiva, con una expresión de sinceridad, con un semblante grave y paternal que inspira respeto y simpatía á quien no los conoce íntimamente.

Muchísimos que no tienen otra vena de ingenio artístico, son verdaderos artistas en la maledicencia; arreglan á las personas en un periquete con discursillos muy ceñidos, en los cuales hay orden y armonía una exageración templada por un gusto exquisito, una mezcla inteligente de seriedad y de bufonería, una pincelada eficaz á cada palabra.



Muchos, al contrario, no son buscados ni festejados en sociedad más que por su valentía en decir mal de determinadas personas sobre las cuales han hecho un estudio particular.

En muchas conversaciones no es posible sostenerse ni una hora, sino cuando se le echa la casa encima al vecino: cesando la maledicencia, sucede siempre al ruido alborotador y alegre un aburrimiento que mata.

Casi en todos los círculos de amigos, después de haber hablado de mil cosas indiferentes, se viene á caer en la murmuración, porque todos encuentran en este campo una manera fácil de hacerse oír; todos poseen una fraseología rica y un tesoro de observaciones y alguna idea propia. Entónces se reaniman las voces, se encienden los ojos, la gesticulación se hace imperiosa; el que estaba para irse se sienta de nuevo, los que estaban lejos se arremolinan con sus sillas en derredor, y cuando la reunión se disuelve, es raro que aun el más insípido tartamudo de la compañía no vuelva á su casa contento de haber hablado bien y de haberse hecho escuchar. Y esto, porque las pasiones todas son elocuentes, y la maledicencia va inspirada por el amor propio, que es la más ingeniosa y la más elocuente de las pasiones.

\*  
\* \*

Si: hablamos mal de los amigos por amor propio, porque en cada censura que hacemos de ellos va sobreentendida una alabanza para nosotros mismos, y echándoles en cara un defecto nos vanagloriamos indirectamente de la virtud contraria á aquel defecto. Es muy cómodo este sistema de alabanza que nos preserva de toda contestación, porque abrazamos con nosotros al que nos escucha, considerándole inmune del defecto que queremos que critique con nosotros.

Dos amigos casi nunca hablan mal de un tercero, si no es para gratificar mutuamente su respectivo amor propio de una manera decente; tan verdad es esto, que después de haber maltratado á la víctima, quedan siempre satisfechos uno de otro, como dos personas que se alaban delicadamente; y no hay cosa que estreche más la amistad de dos personas desconocidas, que el hallarse juntos hablando mal de un amigo comun.

Hay otro motivo que nos arrastra también á la murmuración contra nuestros amigos más íntimos, y que viene á ser como una necesidad de compensarnos del sacrificio que hacemos, á cada uno de ellos, de una parte de nuestra libertad de juicio, callando en su presencia todas las verdades que pudieran ofenderles.

Una vez que el amigo se ausenta vaciamos el saco para reivindicar nuestra libertad como si ejercitásemos un derecho incontestable, y es tan natural todo esto, que en la mayoría de los casos lo hacemos sin que sentimiento alguno de maledicencia nos arrastre. Más á menudo buscamos la murmuración por gusto nuestro que por daño de los demás.

A cada paso nos encontramos dispuestos á maltratar á un amigo con la misma sonrisa en los labios y con ánimo poco diferente del que mostraríamos alabándole; y á veces, en el momento del ataque, rebatimos dentro de nosotros mismos una por una todas las censuras; si se nos presenta delante en aquel momento, sin tener que hacer el menor esfuerzo, sin parecer que fingimos, y en efecto no fingimos, le acogemos con las demostraciones de benevolencia acostumbradas. Estamos tan ocupados de nosotros mismos, por otra parte, que no

nos queda gran tiempo ni mucha voluntad para estudiar á los demás profundamente; por esto hablamos mal, casi siempre con mucha ligereza, de los amigos, más por vanidad que por otro cosa, y dudando siempre aun de los juicios que pronunciamos con mayor seguridad.

Hablamos mal de los amigos por instinto de represalia también contra los hombres, sin tener hastío concreto contra ellos; experimentamos una vida tan dura, es tan difícil obtener la estimación cumplida de las gentes, tan disputadas las alabanzas, mezcladas las satisfacciones á tantas amarguras del amor propio, que se nos impone la necesidad de arrojar á través del camino de los demás lo que ellos arrojan en medio del nuestro; no pudiendo caminar nosotros lo que quisiéramos, buscamos seguir, estorbar el paso de algún modo á los que caminan á nuestro lado para que fácilmente no nos pasen delante.

Maltratamos á los amigos con nuestra lengua sin otro afán que el de que aparezca que somos conocedores perspicaces de los hombres; y los maltratamos sin apercibirnos y como forzados por la entonación de los discursos fáciles, en los cuales la maledicencia se insinúa furtivamente; hablamos mal por condescendencia, por una cierta pereza vil que nos hace preferir una maledicencia que nos avergüenza á una

defensa que promovería una discusión fatigosa para nosotros y desagradable para los demás; murmuramos por mal humor en momentos determinados que nos echamos encima del primero que se presenta sin razón alguna, como borrachos bestiales, para desahogarnos de algo, quizá de un disgusto de familia ó de la acritud que deja en nuestro espíritu un dolor de nervios ó una indisposición de estómago... Otras veces, y no pocas, murmuramos por malevolencia y por envidia.

\*  
\* \*

¡Qué arte tan refinado se emplea! El temor de que nos contradigan, que es como decir que seamos acusados indirectamente de ligereza, de injusticia y de envidia, nos hace circunspectos; antes de soltar la lengua, tanteamos al amigo por ver si está dispuesto á hacernos eco; nos interrogamos mutuamente con la mirada, sin que ninguno de los dos se arriesgue el primero.

No es raro que entre dos amigos, por recíproca desconfianza se respete algún tiempo á un tercero á quien los dos tienen ganas de meter el diente, no echándose encima hasta que no se tiene la seguridad de estar perfectamente de acuerdo.

A veces apercibido de que se ha llegado un poco lejos, impulsados ambos á dos por la vergüenza, se echan atrás alabando á una voz, ligeramente y sin persuasión, algún mérito sin importancia del amigo á quien maltrataron poco ha, para poder continuar maltratándolo, después de aquella caricia con la conciencia más tranquila.

No es extraño, sospechando recíprocamente el sentimiento que nos impulsa á hablar y el ligero desprecio mútuo que se pinta en los ojos que sigamos adelante hablando mal; siempre con mucha parsimonia, con aire de no retirarnos uno á uno los vituperios más gordos para rescatar la parte de estimacion que cada cual siente haber perdido en el ánimo del otro.

Aun hallándose de acuerdo en la crítica, titubeamos un momento, consultándonos con la vista siempre que intentamos llevar algo más allá la maledicencia entrando en un órden de cosas más delicadas y más graves que hasta entonces; y cuanto más graves son estas y más feroz la murmuracion, tanto más se mitiga el lenguaje y se dulcifica la voz, como para atenuar en nuestra conciencia la tristeza de nuestras palabras.

Cuando parece que quien nos escucha ha de juzgarnos malignos y orgullosos por lo mal que hablamos de un amigo, cambiamos de discurso, haciéndole recaer sobre otro cualquier objeto, el primero que se nos ocurre, diciendo de él muchísimo bien con una extraordinaria benevolencia, haciéndonos pequeños y humildes á su lado, para mostrar así, que hemos maltratado al primero con conciencia y que no somos bocas de infierno para todos.

Ordinariamente, para que nos aprecien justos y

discretos, al infeliz que hemos destronado despiadadamente le dejamos el mérito de la bondad; la bondad no se niega porque no causa envidia, siendo como es una cualidad que no sirve, sino perjudica á las miras de la comun ambicion; despues de haber dicho que Fulano de Tal es un ignorante, un tonto, un cornudo con cabeza de atun, una persona insoporable terminamos diciendo:

—Es un pobre diablo despues de todo.— O bien: —Es en el fondo una persona honrada.

Otras veces por salvarnos de la odiosidad de la maledicencia, hablamos pestes del amigo, fingiendo repetir cosas oidas por otros, y á las cuales, ó no damos fé ó negamos en absoluto, insinuando en la negativa una ligerísima duda, si vemos que se nos crec á piés juntillos.

Por maldiciente que sea nuestra lengua, tenemos siempre tres ó cuatro amigos privilegiados, de los cuales no nos atrevemos á hablar mal: hemos protestado con demasiado calor en muchas ocasiones y públicamente de nuestra amistad por ellos; hemos hecho ostencion de esa virtud nuestra; hemos dicho cien veces en momentos de expansion, que les considerábamos como hermanos, y si hablásemos mal de ellos mostraríamos una versatilidad vergonzosa; quisieramos purificar la boca pero la lengua tiene

comezon; buscamos la manera de servirles delicadamente sin hacer traicion á nuestra mala intencion, pero es imposible, el amor propio tiene que perder más que ganar y nos vemos obligados á desarraigar la mala voluntad.

\*  
\* \*

A pesar del ingenio que todos ponemos por obra para decir mal de los amigos, casi todos nos engañamos como necios, en echar cuentas de lo que los amigos pueden decir de nosotros.

No hay casi nadie sinceramente persuadido de aquella vieja sentencia de que haríamos un buen contrato renunciando al bien que se diga de nosotros con tal de que no se dijera nunca mal.

Deriva esta ilusion de no estar bien persuadidos de otra verdad, cual es, que no somos juzgados tanto por las cosas que hacemos ó decimos pensadamente, como por las que hacemos y decimos sin pensarlas, toda vez que en éstas se revela nuestra naturaleza más francamente que en las primeras.

Ahora bien; nuestras inadvertencias las olvidamos y no pensamos que los demás se acuerden de ellas, que la que uno no recoge la recoge el otro; que son cien á estudiarlas y que se ayudan entre sí poniendo en comun el fruto de sus observaciones; que vein-